

Opacidad, disciplina, latinoamericanismo

Fernando Degiovanni

City University of New York, Graduate Center

Entender el impacto de los conflictos bélicos europeos de fines de la década de 1930 y comienzos de la de 1940 en la configuración del latinoamericanismo académico —particularmente en su rama literaria— es todavía una tarea pendiente para la crítica. El cierre del Centro de Estudios Históricos de Madrid a raíz del estallido de la Guerra Civil Española (1936-1939), por un lado, y la consolidación de Hitler en el poder, por otro, crearán una de las coyunturas más consecuentes para la historia la disciplina a lo largo del siglo xx. Ambas circunstancias son inseparables del rol que Estados Unidos desempeñó en esos años como espacio político y académico privilegiado de articulación de los frentes antitotalitarios. De hecho, la emigración de un nutrido grupo de docentes e investigadores españoles a Estados Unidos justo en el momento en que el gobierno de Franklin D. Roosevelt defendía la necesidad de mantener a América Latina dentro su área de influencia geopolítica frente a los avances del fascismo en la región, definirá de modo estratégico el funcionamiento del campo en las universidades norteamericanas durante varias décadas. A diferencia de lo ocurrido con los intelectuales judíos alemanes (Krohn 1993), la inserción de los filólogos peninsulares en centros de educación superior de los Estados Unidos estará mediada en ese período por una agenda específica: la defensa del discurso panamericanista —reorientado desde 1933 bajo la rúbrica de la Política del Buen Vecino— y la ampliación del programa de cooperación hemisférica. En este trabajo me propongo abordar el modo en que la cooptación de los intelectuales antifranquistas por parte de la política panamericanista alteraría la estructura del campo de los estudios sobre América Latina existente en Estados Unidos y el propio continente, promoviendo paradójicamente la consolidación de una disciplina de perfil antidemocrático, sostenida en un relato de disciplinamiento social y cultural modelado en la autoridad histórica de España.

El desarrollo de una política académica destinada a la reconstitución de la hegemonía cultural española en sus excolonias había sido una preocupación central del proyecto regeneracionista surgido después de la Guerra

Hispano-Cubano-Norteamericana de 1898. En el marco de la Junta de Ampliación de Estudios y, en particular, desde el Centro de Estudios Históricos, Ramón Menéndez Pidal pensaría un programa de “acción cultural española” en el exterior encabezado por algunos de sus discípulos: Nueva York y Buenos Aires serían los otros dos vértices de un triángulo construido desde Madrid (Degiovanni 2010). La llegada de Federico de Onís a la Universidad de Columbia en 1916 –dos años después de la inauguración del Canal de Panamá– representaría el primer episodio de este proyecto; la fundación del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires en 1923, cuyos directores más importantes fueron Américo Castro y Amado Alonso, constituiría su segunda instancia institucional. Con el estallido de la Guerra Civil y la expansión del fascismo, Castro y Alonso –así como otros intelectuales (Navarro Tomás, Jorge Guillén, Pedro Salinas)– convergirán eventualmente en los Estados Unidos para asumir puestos de docentes de español; esto daría al exilio norteamericano un perfil que lo distinguiría fuertemente de lo ocurrido en otros países de América Latina –México es un caso paradigmático en este contexto– donde la reinserción del exiliados no pasaría centralmente por la enseñanza filológica (Faber 2002).

Desprendidos del aparato institucional español, y en una suerte de misión diplomática autoconstituida, los emigrados tomarían como responsabilidad prolongar el programa académico del Centro de Estudios Históricos como modo de respaldar una visión de la cultura española en disolución; esparcidos por varios países del hemisferio, definirían en cada caso una estrategia ajustada a las circunstancias locales tanto en los modos de agenciamiento como de intervención intelectual: si los exiliados en México se acomodarían a la idea del intelectual puro, aislado de toda intervención gubernamental, trabajando en un espacio “liberado” de las circunstancias políticas inmediatas como la Casa de España o el Colegio de México –posición que les exigiría el estado mexicano para aceptarlos como refugiados (Faber 2002: 20)–, la Política del Buen Vecino requirió una activa proyección fuera de los claustros. La concreción de un programa de docencia e investigación hispanocéntrica en los Estados Unidos debería enfrentarse, en ese sentido, con un horizonte político y cultural doblemente paradójico: los emigrados esperarían realizar en el país responsable de la derrota final de la España imperial en 1898 sus ideales regeneracionistas; al mismo tiempo, los intereses hegemónicos de los Estados Unidos en América Latina, definidos por esa misma derrota, los forzaría a actuar como representantes de un programa de ampliación de los saberes e influencias

sobre la región. En este contexto, deberían alejarse de una postura fetichizada en torno al rol de los intelectuales como sujetos separados del mundo de los negocios, la política o el trabajo.

En esta batalla por la reorientación de los dominios disciplinarios, Américo Castro ocuparía desde su inserción definitiva en la academia norteamericana en 1937 –primero en Wisconsin y Texas (1937-1940) y luego en Princeton (1940-1953)– el papel de principal administrador del proceso de reconfiguración del campo en el marco de la política antifascista que demandaba la Política del Buen Vecino. En un contexto universitario permeado por la lucha antitotalitaria, Castro se convertiría rápidamente en asesor de organizaciones públicas y privadas involucradas en la expansión de los intereses norteamericanos en la región. Frente a hispanistas largamente asentados en Estados Unidos, pero que no habían llegado al país como exiliados políticos (Federico de Onís, por ejemplo), el lugar de Castro como representante de la causa aliada le otorgaría un peso central en el proyecto. Además de exembajador en Berlín de la República Española y exiliado del régimen franquista, Castro contaba con sólidos antecedentes en la articulación de programas de relaciones culturales peninsulares con América Latina. En efecto, su llegada a los Estados Unidos se ubicaba en el final de un período de casi dos décadas de intenso interés por los asuntos hispanoamericanos, que se manifestó en el rol de promotor de una política española en el exterior articulada en torno a la Oficina de Relaciones Culturales, en su propia actividad como director y docente del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1923) y de otras universidades latinoamericanas, en la fundación de la sección hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos de Madrid (1933), donde también colaboró con su órgano, la revista *Tierra Firme*, y en el estudio de diversas problemáticas lingüísticas y literarias latinoamericanas cuyos resultados publicó en medios especializados y periodísticos (*La Nación* de Buenos Aires y *Excelsior* de México) por décadas. Por último, pero no de menor importancia, era el hecho de que hubiera nacido accidentalmente en el Estado de Río de Janeiro, ya que una vez revocado su pasaporte español reclamaría la ciudadanía brasilera, y ese hecho le permitiría presentarse como latinoamericano a los ojos del gobierno de Roosevelt (Bernabéu 2002).

Una vez clausurado el Centro en 1936, Castro no permanece, sin embargo, en la península para asumir un rol activo en tareas de agitación y propaganda como otros intelectuales republicanos. En privado, de hecho, no tardaría mucho en distanciarse de la causa republicana, reclamando

para sí una posición ideológicamente neutra, ligada a un funcionariado sin anclaje partidario, lo que lo situaría entre los sectores más conservadores del grupo de exiliados. Así lo comenta a Amado Alonso: “Todo el mundo sabe que he sido un republicano in genere, sin filiación de partido, y que la República fue para mí una ocasión para servir a la cultura de mi país, y nada más”.¹ Castro sale de España en 1937 con destino a la Argentina, pero decide abandonar Buenos Aires a los cuatro meses de llegado para radicarse definitivamente en los Estados Unidos. Su traslado está motivado, de hecho, por las amplias oportunidades que ofrecía entonces la Política del Buen Vecino en el ámbito académico – oportunidades que él mismo había podido comprobar en una estadía anterior en Estados Unidos (1928), donde había promovido una mayor colaboración entre los centros más importantes del hispanismo para el Centro de Estudios Históricos: Nueva York y Buenos Aires.² Las cartas de Castro a Alonso constituyen textos decisivos para observar de cerca las batallas por la reorientación de la disciplina en el contexto norteamericano, así como las demandas de un proyecto geopolítico en busca de recursos humanos para consolidar sus objetivos. Por su correspondencia puede saberse, por ejemplo, que la oferta de trabajo que le hace la Universidad de Texas (recibida apenas después de radicarse en Madison), estaba acompañada del compromiso de enseñar precisamente “literatura sudamericana”,³ y esa oferta se producía justamente el año después de que comenzara la publicación del *Handbook of Latin American Studies* y en el mismo año en que la propia biblioteca de Texas había adquirido la gran colección García Icazbalceta, decisiva para la ampliación de materiales bibliográficos disponibles en Estados Unidos sobre la región (Salvatore 2006: 60-61). Una vez iniciada la Segunda Guerra Mundial, Castro vuelve a señalar a Alonso la “coyuntura latino-americanista”⁴ imperante en la academia norteamericana de entonces, así como de las presiones a que se ve sometido debido a la expectativa de que los exiliados españoles fueran activos promotores de las políticas de Washington tanto a nivel docente como de gestión.

1 Américo Castro a Amado Alonso, 1 de octubre de 1937. Todas las citas de las cartas de Castro provienen del archivo de Amado Alonso, depositado en el Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes de Madrid.

2 Américo Castro a Amado Alonso, 18 de diciembre de 1928; 9 de enero de 1929; 18 de febrero de 1929.

3 Américo Castro a Amado Alonso, 5 de junio de 1937.

4 Américo Castro a Amado Alonso, 12 de julio de 1940.

En su correspondencia privada, Castro lamenta y rechaza tener que participar en la expansión del latinoamericanismo panamericanista. Pero lejos de oponerse públicamente a estas iniciativas encuentra en la “coyuntura latino-americanista” una oportunidad para llevar a cabo la tarea de administración general del hispanismo que el Centro de Estudios Históricos había planeado y realizado sólo parcialmente desde su fundación. En este sentido, Castro no duda en intervenir activamente como agente regulador y negociador de posiciones de poder en la disciplina, incrementando la presencia y colaboración de otros españoles en ella. Así, por ejemplo, a comienzos de 1939, cuando invita a Alonso a dar un curso de verano en Texas le hace saber que “[l]a Universidad de Texas, para eso de Latin America [sic], representa a todos los EEUU”, y le recuerda que su venida puede justificarse porque Alonso, ahora ciudadano argentino y profesor de la Universidad de Buenos Aires, puede pasar como latinoamericano y latinoamericanista. Por si no fuera claro el sentido político de su nombramiento le recuerda: “Viene V. como representante de la Argentina, lo mismo que va a venir lo mejor del Brasil, e iba a venir Reyes”.⁵ Y a fines de 1939, cuando Alonso está preparando sus cursos para Texas, lo instruye, en tono defensivo y sin tapujos, en torno a cuál debía ser el punto de vista a adoptar frente al latinoamericanismo universitario local, de modo que su intervención no represente una “pérdida” para España: “[a]quí empiezan a querer ocuparse de literatura de Hispano América [sic] dándole de lado a lo español, cosa absurda como les digo. Hoy más que nunca la literatura de ese continente es inseparable de lo español. Insista en su curso en el paralelismo y la conexión literaria –hoy también intelectual– entre ambos mundos”.⁶ La campaña contra lo “absurdo” de “dar a un lado a lo español” para “eso de Latin America [sic]” significaba rechazar la mirada sobre el continente que el panamericanismo académico había comenzado a promover desde comienzos de siglo xx a través de sus más activos representantes: Jeremiah Ford y Alfred Coester. Para ellos, la enseñanza de la literatura latinoamericana –entendida como fuente de datos para entender el “carácter” de los países “vecinos”– no suponía un interés simultáneo por el pasado español (Coester 1916). Al mismo tiempo, el señalamiento de la “inseparabilidad” de la literatura española e hispanoamericana en el caso de Castro no implicaba promover un diseño institucional en el que las dos

5 Américo Castro a Amado Alonso, 2 de enero de 1939; el subrayado es mío.

6 Américo Castro a Amado Alonso, 6 de diciembre de 1939.

áreas de saber ocuparan una posición equivalente: en su lugar, pugnaba por salvaguardar la primacía de la enseñanza y la investigación de la literatura española amenazada en el nuevo contexto académico.

Pero las demandas de la Política del Buen Vecino no sólo comprendían cuestiones de organización curricular. También se propondrían utilizar a los exiliados como informantes y asesores de organizaciones públicas y privadas norteamericanas. En el marco de una posible intervención alemana en la región, Washington esperaba que los filólogos españoles operaran como agentes de presión sobre organizaciones latinoamericanas y promovieran los intereses aliados en la guerra, preparando informes, seleccionando personal afín y atendiendo requisitorias oficiales y privadas. Así, en 1940, la División de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana publicó un ensayo de Castro titulado “On the Relations between the Americas”, primer trabajo de su serie *Points of View*, financiada por la División de Humanidades de la Fundación Rockefeller, en el que se dirigió simultáneamente a representantes del Estado y las fundaciones privadas sobre el tema.⁷ A poco de llegar a los Estados Unidos, Castro es también nombrado consejero de la Fundación Guggenheim para becarios de América Latina y desde esa posición controlará las líneas de investigación sobre la región.⁸ En relación a esos compromisos, desde Princeton le comenta a Alonso: “No hay semana que no venga aquí alguien, más o menos de Washington, a hablarme de cosas ‘Latin American’. Les digo que qué [...] apoyo va a tener de la opinión liberal hispanoamericana si ven que los EEUU no quieren defenderse a sí mismos. El único lazo que resta es el del dinero que suelten éstos, mientras puedan. En lo demás, mostrar riñones serviría más eficazmente que todo lo que V., yo y mil más estamos haciendo para estrechar lazos [...]”.⁹ Y cinco años más tarde, en 1946, cuando el propio Alonso llega desde Buenos Aires a Harvard expulsado de la universidad peronista, le recuerda que su nuevo puesto asigna un lugar específico a los intelectuales antifascistas: como sucesor de Jeremiah Ford, le señala, “[e]stá V. ahí ahora, haciendo obra de buen amigo”¹⁰.

Pero la anuencia con estos compromisos no significará una aceptación pasiva de sus presupuestos. Castro buscará priorizar su visión del hispanismo y, en última instancia, reimponer la interpretación de que la cultura la-

7 *Pamphlets on Inter-American Topics, 1940-1945* (Washington: Various Publishers, 1940-1945): iii. Princeton University Libraries Microfilm, 1989.

8 Américo Castro a Amado Alonso, 28 de mayo de 1938.

9 Américo Castro a Amado Alonso, 31 de octubre de 1941.

10 Américo Castro a Amado Alonso, 15 de octubre de 1945

tinoamericana es un producto subordinado de la peninsular. Su estrategia consistía en sumarse a la vasta empresa de saber promovida por los Estados Unidos en relación a América Latina después de la apertura del Canal de Panamá (Salvatore 2006). La necesidad de reajustar los términos de la disciplina en un sentido favorable a los intereses del hispanismo peninsular será visible en la producción intelectual de Castro desde 1940. No es casual que los dos primeros libros que escribe después de su inserción a la academia norteamericana estén relacionados con América Latina: *Iberoamérica: su presente y su pasado* (1941), publicado en la colección de libros de texto universitarios de Dryden Press, y *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, aparecido en las actas del Segundo Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana reunido en Los Ángeles en 1940, y en Buenos Aires (1941). Ambas obras obedecen a un fuerte interés por reorientar la dirección del campo en un momento clave de expansión disciplinaria puesta en marcha por los Estados Unidos.¹¹

Iberoamérica... es un manual destinado a estudiantes universitarios de lengua y literatura española que resulta de la creciente expansión de la oferta pedagógica y editorial que se inicia en los Estados Unidos después de la apertura del Canal de Panamá y tiene un nuevo auge hacia finales de los años 1930 con la Política del Buen Vecino. Parte de la serie *Modern Language Publications* de Dryden Press, el texto —que tendrá varias ediciones (1943, 1946, 1949)— muestra desde sus primeras páginas el reto que significa compatibilizar una agenda hispanocéntrica con los objetivos del Panamericanismo. Las cartas de Castro no ocultan el oportunismo de su intervención: es la necesidad de “sacar partido” de la situación es lo que lo lleva a escribir ese “librejillo”, esa “cosuca” y también lo que llama “una tontería que me ha quitado dos meses”,¹² pero que resulta esencial para intervenir en los debates disciplinarios del momento y posicionarse en un mercado universitario donde se juega la formación de estudiantes con intereses en la política y la economía hemisféricas. Castro abrazará en el libro los contenidos de la Política del Buen Vecino para promover, desde allí, una nueva interpretación de la cultura hispánica y de su lugar en la academia norteamericana.

Por un lado, *Iberoamérica...* participa abiertamente de la retórica de la “cooperación” y los “lazos” promovida por las instituciones oficiales y

11 Por razones de extensión, me centraré aquí sólo en el análisis de *Iberoamérica...*

12 Américo Castro a Amado Alonso, 28 de febrero de 1941.

privadas de los Estados Unidos. Castro propone a sus lectores un texto capaz de develar el “carácter de las gentes iberoamericanas” así como algunas soluciones a “problemas” básicos de la región (Castro 1941). Desde el comienzo el libro retoma las premisas de las políticas de conocimiento de Estados Unidos hacia América Latina implementadas desde la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana. Así postula que “[s]ólo conociendo las profundas distancias que separan a ambas Américas se podrá establecer entre ellas una corriente de simpatía y de respeto mutuos” (Castro 1941: 2), y agrega que “[l]a cooperación entre las dos Américas sólo será posible sobre esta base. Cualquier forma de coordinación y de armonía es más eficaz que la ignorancia y el desdén recíprocos” (Castro 1941: 173). En este sentido, la comprensión y el entendimiento cultural se proponen fundar un relato de igualdad hemisférica: esto implica señalar que los latinoamericanos no son “inferiores” sino simplemente “distintos” (Castro 1941: 58).

En su manual, Castro también participa de otros tópicos centrales del Panamericanismo que corresponden a políticas contemporáneas de Estados Unidos. Insiste, por ejemplo, en la necesidad de mejorar y ampliar las comunicaciones en el continente con el propósito de afianzar la integración regional. Este reclamo debe leerse en paralelo con el lanzamiento de proyectos ligados al incremento de las redes de circulación y contacto hemisféricas por tierra y por aire tales como la Autopista Panamericana y Pan Am Airways. De modo muy específico, el libro se piensa como parte de una pedagogía destinada a forjar “viajeros” a la región: empresarios, funcionarios y turistas. El alumno norteamericano se configura dentro de este discurso como potencial visitante a diversos países del continente. Esta dimensión se hace patente en referencias dialectológicas que contiene el libro, tales como las que indican que en Argentina “el español vulgar ha sufrido muchas influencias italianas, que ... la hacen difícil *para el recién llegado*” (Castro 1941: 94; el subrayado es mío); o en la indicación de que “[e]l viaje desde Barranquilla a Bogotá, siguiendo el curso del Magdalena, requiere nueve días; *muchos utilizan aeroplanos, que pertenecen a empresas extranjeras*” (Castro 1941: 117-118; el subrayado es mío). O cuando indica que en Machu Picchu “[c]obra *creciente importancia el turismo*, atraído por los monumentos de las antiguas civilizaciones”; allí, concluye Castro uniendo capital económico y capital cultural: “la tradición de belleza es un tesoro tan importante como el de las riquezas materiales” (Castro 1941: 113-114; el subrayado es mío). Por último, el libro también incluye un extenso apéndice titulado “Some Additional Information”, firmado por

Frederic Ernst, el director de la serie editorial de Dryden Press, donde se presentan cuadros y gráficos provistos nada menos que por la Foreign Policy Association con datos de población (demográficos y raciales), producción y comercio (con cifras relativas a importaciones y exportaciones) de cada país latinoamericano; también se incluye información sobre clima, conformación territorial, principales ciudades y educación. Las numerosas fotografías que acompañan el texto forman parte de una de las más originales tecnologías de representación puesta en funcionamiento por los Estados Unidos en su intento de dar mayor visibilidad y objetividad a su relato de posesión de América Latina y construir un inmenso archivo visual del continente a disposición del capitalismo corporativo y de los grandes medios de comunicación (diarios y revistas).

Pero quizás el aspecto más decisivo del texto de Castro sea la manera en que trabaja el discurso del “entendimiento” hemisférico como tópico clave para otorgar centralidad a la historia y la cultura españolas en las formas de transacción simbólica entre Estados Unidos y América Latina. *Iberoamérica...* se presenta, en muchos sentidos, como una intervención sobre la noción misma de “entendimiento” —como saber y como pacto— puesta en circulación por el Panamericanismo. Antes que afirmar la “posibilidad” de comprensión, Castro hace de la “dificultad” de entendimiento uno de temas recurrentes de su libro. El presupuesto de transparencia que asegura la acumulación y circulación de información sobre la región son cuestionados una y otra vez en *Iberoamérica...* De hecho, es la opacidad de la relación gnoseológica lo que aparece como tema decisivo dentro de la pedagogía instrumental que sostiene el libro, sobre todo a partir de su articulación desde un punto de vista estrictamente lingüístico. Para los estudiantes norteamericanos, escribe Castro, “es *difícil comprender* la historia pasada y el modo de ser actual de los países americanos. Aunque se lleguen a conocer las *lenguas española y portuguesa* siempre quedará una *inmensa distancia* entre la América anglosajona y la hispanoportuguesa” (Castro 1941: 2; el subrayado es mío). Castro apunta en este sentido contra el paradigma dominante en los manuales de enseñanza de la lengua española, que priorizaban el abordaje de cuestiones contemporáneas, así como el aprendizaje de modos de interacción coloquial con sujetos locales.¹³ Al mismo tiempo, cuestiona el uso de la producción literaria reciente del mo-

13 Cf., por ejemplo, Fuentes, Ventura; François, Victor E. (1917): *A Trip to Latin America (In Very Simple Spanish)*, New York: Holt; Albes, Edward; Warshaw, J. (1917): *Viajando por Sud America*, New York: Holt.

dernismo y del regionalismo como fundamento privilegiado para la lectura de la región. Si bien indica que la literatura permite “aprender mucho sobre la sensibilidad suramericana” (Castro 1941: 140), ya que “enseña sobre la vida y el carácter hispanoamericanos” (Castro 1941: 154), subraya la dificultad que estas dos estéticas presentan a la hora de transmitir la “información” que demanda la política panamericana y tematiza el fracaso mismo que supone la operación traductora que se espera de estos materiales. Hablando de poemas de Lugones, por ejemplo, Castro apunta que será necesario “hacer comprensible algunas de ellas por medio de resúmenes en prosa” (Castro 1941: 137); de Darío, por ejemplo, subraya que “[l]a complicación del lenguaje impide dar más muestras del estilo del poeta” (Castro 1941: 134); hablando de *Doña Bárbara* escribe que “no puede citarse *lo mejor* de la descripción, por la dificultad de su lenguaje” (Castro 1941: 155; el subrayado es mío); al comentar *Don Segundo Sombra* anota que “[l]a obra ofrece el obstáculo de muchas palabras del campo argentino, que el lector de fuera no comprenderá. Eso da sabor al estilo, pero reduce el alcance” (Castro 1941: 159). La construcción de una comunidad lectora hemisférica a partir de la adquisición de una segunda lengua tropieza así con sus propias promesas de igualdad y accesibilidad.

La cuestión de la opacidad gnoseológica sólo puede, para Castro, salvarse con el estudio del pasado —fuera de la estricta pedagogía lingüística y dentro de la histórica—: la “historia presente [de los países iberoamericanos] —escribe— es *incomprensible* si no se relaciona con la de su período español, y por lo tanto con la historia de España” (Castro 1941: 8). La empresa de conocimiento puesta en marcha por los Estados Unidos fracasará sino subraya la conexión temporal que el título del libro reafirma: *Iberoamérica: su presente y su pasado*. Castro sugerirá, más precisamente, que la historia colonial es esencial para la política norteamericana desde el punto de vista de lo que un viejo imperio con experiencia en la zona podía ofrecer a los agentes de un nuevo imperio. No se trataba, en este sentido, de un saber destinado a la acumulación de información sobre un período “muerto” para la administración del presente. Maestra de la colonialidad latinoamericana, España podía ofrecer un cúmulo de lecciones sobre los principios de autoridad y disciplina con que había dominado esas regiones por siglos — principios sepultados luego por políticas adversas, en su opinión, al desarrollo económico, sobre todo las implementadas por los gobiernos surgidos de las luchas independentistas. En esta conquista del norte hacia el sur, la realización del programa de “cooperación” y “entendimiento” vería la

utilidad de los dispositivos coercitivos del imperio para la experiencia contemporánea: “La *dominación de aquellas magníficas tierras* va relacionada con ciertos actos de indisciplina, *cuyo conocimiento sirve para comprender bastantes aspectos del carácter iberoamericano, antes y ahora*” (Castro 1941: 30; el subrayado es mío).

Para Castro, el elemento más singular y notorio que introdujeron españoles y portugueses en las colonias había sido la noción de autoridad, asociada a la monarquía: la república aparece en Castro como representación literal de la barbarie. Republicano exiliado, insistirá una y otra vez en *Iberoamérica...* – como lo hará simultáneamente en *La peculiaridad...* – en defender las formas autoritarias de poder monárquico y clerical en los dominios ultramarinos. Castro califica a la monarquía española en América como “la única fuerza ideal” que había mantenido compacto el imperio (Castro 1941: 83). Repetidamente subraya la importancia de la mística real como método efectivo de subyugación política y cultural. No dudará, en este sentido, en justificar la implementación de severas formas de control y disciplinamiento utilizados en antiguas posesiones imperiales. Así, opone el régimen benevolente de los conquistadores al gobierno abominable de los aztecas: Castro presenta a los españoles como sujetos de “extraordinaria sensibilidad para el arte y para lo majestuoso; por ese motivo aspiraron a remplazar con edificios cristianos y señoriales aquellos templos erigidos para la bestialidad sangrienta y la antropofagia” (Castro 1941: 21-22). El éxito de la conquista se debió, concluye, “al heroísmo y a la resistencia de unos pocos hombres extraordinarios” (Castro 1941: 36).

El progreso social y cultural dependía para Castro de la presencia de una élite fuerte capaz de administrar sin obstáculos el cuerpo social. Así, mientras la colonia aparece en *Iberoamérica...* como una época de esplendor, la emancipación se presenta literalmente como una caída. Con respecto a México, por ejemplo, apunta: “Los españoles los habían tratado [a los mexicanos] como menores de edad, capaces de hacer grandes cosas estando bien dirigidos; entregados a sí mismos no supieron alzar nuevas y magníficas ciudades, ni reorganizar la minería ni la producción agrícola” (Castro 1941: 122). En el caso de Venezuela, por ejemplo, Castro señala que su pasado “fue difícil ... No surgieron grandes ciudades, ni hubo un *virreinato que disciplinara* a los indígenas y a los criollos” (Castro 1941: 120; el subrayado es mío). En su opinión, “cuando la monarquía y la nobleza españolas se vaciaron de fuerza y de prestigio a comienzos del siglo XIX; cuando la religión española se debilitó, y dejaron además de acontecer

los heroísmos casi fabulosos de los siglos anteriores, entonces los pueblos de Hispanoamérica se desplomaron...” (Castro 1941: 7). Por lo demás, la necesidad de defender la fundación y continuidad del legado colonial en América hace que Castro señale que la emancipación de las colonias no fue tal. En este sentido, no presenta los movimientos independentistas como producto de la agencia criolla. Se trata, para él, de un proceso de “fragmentación” debido a una “guerra civil”. De hecho, Castro insiste en la idea de que España y las repúblicas americanas comparten la misma trayectoria política aún después de la emancipación: “la independencia de Hispanoamérica no se debe a que ésta fuese de una manera y España de otra ... Ambas eran esencialmente la misma cosa, y se separaron una de otra por los mismos motivos que las diferentes regiones de Hispanoamérica formaron luego naciones distintas y desunidas. Se trata, por consiguiente, de un *proceso de fragmentación, no de emancipación*” (Castro 1941: 86; el subrayado es mío).

Frente a la época de un dominio español estable desde el punto de vista político y productivo en lo económico, la emancipación –asociada a lo “inhumano”– causó “un largo período de anarquía, que las nacientes repúblicas habían de tardar largos años en sustituir por sistemas de gobiernos más humanos y eficaces” (Castro 1941: 88). Castro condena en el fondo la idea de soberanía y autodeterminación, y usa los mismos términos que él aplica a los indígenas –“bárbaros”, “cruels”, “inhumanos” (Castro 1941: 14, 21, 41)– a la guerra de la independencia: después del régimen colonial, la “guerra de la independencia había sido bárbara y cruel; aquellos países quedaban ensangrentados, empobrecidos y, para un largo tiempo, sin rumbo ni disciplina posible” (Castro 1941: 89). Para el exiliado de la República, cualquier articulación de demandas populares colectivas resulta condenable. Frente a la “minoría culta de los que leían libros”, burócratas y comerciantes, “se alzaba el pueblo rudo y fuerte, que tenía necesidades e instintos, que no sabía de ideas porque nadie se las había enseñado” (Castro 1941: 97). La masa “rebelde a la norma y a la disciplina de la cultura tradicional” (Castro 1941: 100) debía ser domesticada progresivamente con la instalación de regímenes fuertes que buscaban “acentua[r] el carácter hispánico de su cultura” (Castro 1941: 102). Apuntaría en este sentido que la clase rectora de cada país latinoamericano que “aspira[ba] a un gran destino” (108) debía reinstaurar la tradición hispánica; es lo mismo que tenía que hacer la dirigencia norteamericana en su carácter de nueva depositaria del poder colonial en la región.

Iberoamérica... es, en este sentido, un manual sobre el concepto de “pueblo indisciplinado” (Castro 1941: 97). En él, las dictaduras “inteligentes” aparecen como verdaderas responsables de la modernidad continental: en ellas reside la posibilidad de garantizar la cooperación y la integración, conteniendo las agitaciones políticas y facilitando el acceso a los mercados internacionales, más allá del ejercicio de la democracia electoral. Castro sugiere a los estudiantes lectores de *Iberoamérica...* que la producción de una sociedad de consumo requería del apoyo de estructuras de poder fuertes destinadas a contener formas de resistencia política y social popular: esas mismas estructuras de poder fuerte eran las que habían posibilitado, de hecho, la expansión de los proyectos de comunicación terrestre y aérea sobre los que aspiraba a sostenerse el Panamericanismo. Por ejemplo, el manual presenta en términos favorables el gobierno de un “tirano culto” como Gabriel García Moreno por haber extendido caminos y puentes por el territorio ecuatoriano: “[q]uienes le sucedieron –agrega– no tenían menores defectos que él, y carecían de sus positivas virtudes” (Castro 1941: 116); igualmente condona al venezolano Juan Vicente Gómez al indicar que “hay que reconocerle el mérito de haber suprimido el bandidaje en el interior del país, y de haber construido importantes vías de comunicación” (Castro 1941: 121).

Pensada desde el momento de su escritura, la pedagogía latinoamericanista de Castro no puede conceptualizarse sino como una forma de apoyo a los gobiernos autoritarios surgidos en los años 1930 como consecuencia de diversos golpes de estado, así como un cuestionamiento a la acción de los movimientos de izquierda contemporáneos. Es en ese contexto que puede entenderse su preocupación por “las luchas sociales que hoy agitan a Chile” (Castro 1941: 109) y el surgimiento de doctrinas indigenistas en el Perú (Castro 1941: 112-113), en referencia al gobierno del Frente Popular de Aguirre Cerda, por un lado, y a la política aprista en otro. *Iberoamérica...* tiene como fin último presentar un mapeo de países hispanoamericanos en función de su disposición a lo que Castro llama “respeto” a la “autoridad”, funcional a la Política del Buen Vecino. El cálculo de rentabilidad de cada país dependía del modo en que los distintos países hubieran adoptado las nociones de orden y autoridad derivadas de la tradición hispánica. En la jerarquía de países con los cuales era posible establecer relaciones comerciales favorables a la expansión norteamericana en la región, Brasil ocupa para Castro un lugar central en la medida que constituye el ejemplo modelico de una tradición de autoridad fuerte que va desde la instalación de

la monarquía hasta el gobierno de Getulio Vargas. Sus rasgos diferenciales con respecto a la América Española tienen que ver con la implementación de un proceso modernizador fundado en el mantenimiento de su vasta unidad territorial –favorecedora de la integración económica– así como una regulación biopolítica de su población racialmente mestiza, “uno de los más graves y característicos problemas de la civilización brasileña” (Castro 1941: 53). En oposición a otros países de la región, el paso de la vida colonial al régimen independentista bajo la supervisión de la monarquía permitió al Brasil zafar de “la anarquía más espantosa”: “esas catástrofes [traídas por la independencia] –agrega– fueron evitadas con la monarquía ... que dio a aquella tierra el único principio de unidad que eran capaces de sentir y de respetar” (Castro 1941: 64). Con el régimen de Vargas, por su parte, Brasil había llegado “al punto más alto de su historia” (Castro 1941: 66) como productor de materias primas. Frente a él, la Argentina, renuente a participar de la política hemisférica, se figura como país “rebelde a la norma y a la disciplina de la cultura tradicional”; con todo, ve en los gobiernos conservadores surgidos después del golpe de estado de 1930 contra Hipólito Yrigoyen un motivo de esperanza: con la “reacción de los mejores” (Castro 1941: 100), escribe, “su personalidad [la de la Argentina] se hace más fuerte” en la medida en que se “acentúa el carácter hispánico de su cultura” (Castro 1941: 102). Finalmente, el régimen de Cárdenas en México, a pesar de su apoyo a la causa republicana española y su protección explícita de los exiliados, no despierta mayor entusiasmo en Castro: su compromiso por garantizar la participación política ampliada, así como la justicia social y la transformación educativa, tiene su origen en un populismo radical de origen revolucionario que Castro condena: de hecho, sobre el México posterior a la Revolución, subraya que “lo grave es que el General [Porfirio] Díaz no podía ser eternamente joven y fuerte. Cuando salió del país en 1911, comenzó la época más caótica de la historia de México” (Castro 1941: 123).

En su intento de situar los discursos panamericanistas bajo un relato de fundación peninsular –estudiar América Latina debía ser ante todo una manera de legitimar a España– Castro debía dar un golpe de timón en la dirección epistemológica e ideológica de la disciplina. Esta operación suponía desde cuestionar la forma de nombrar al continente en Estados Unidos –“La denominación Latino América, o América Latina, es inexacta” (Castro 1941: 1), dice en *Iberoamérica...*, porque supone una marginalización

y negación del legado español—,¹⁴ hasta erradicar la versión del imperio español prevalente en el imaginario anglo-americano, que no sólo lo presentaba como un régimen intolerante y brutal desde el punto de vista religioso y político —sintetizado en la “leyenda negra”—, sino también adverso a la ideología del libre comercio. Esas representaciones habían sido material de narraciones textuales y fotográficas recientes (las de la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana, por ejemplo) y aparecían reflejadas también en el discurso de muchos latinoamericanistas prominentes, sobre todo en el campo de la historia y la arqueología: “Para nuestro punto de hombres modernos, habría sido mejor que los españoles no derribaran los monumentos de México y del Perú”, pero esto corresponde a “la sensibilidad de los historiadores del arte y de los turistas modernos” (Castro 1941: 22).

En este contexto, uno de los objetivos centrales del manual será mostrar que el principal legado de la conquista española fue la introducción de la idea de lo “humano” en América. Castro se detiene en varios pasajes del libro a describir los sacrificios de los aztecas para justificar la sujeción general de los nativos y subrayar que los verdaderos tiranos eran los gobernantes indígenas. Reconoce en Tenochtitlan un “conjunto ... de una impresionante grandeza”, y si en un punto parece admirar las construcciones indígenas tanto como la “magnificencia” de los edificios públicos y domésticos españoles (Castro 1941: 4), la referencia arquitectónica da lugar en cada caso a una construcción diferencial del poder en su dimensión epistemológica y moral: esa “impresionante grandeza”, remata, “iba acompañada de la barbarie más inhumana; la principal finalidad de aquel suntuoso conjunto eran los sacrificios humanos, ofrendados a los dioses aztecas con la más estúpida ceguera” (Castro 1941: 19).

La “más estúpida ceguera”, de hecho, permite distinguir entre españoles e indígenas a partir del uso de metáforas de visión y racionalidad centrales a lo “humano”. Los grandes monumentos de Tenochtitlán deben leerse como productos de algo que está más acá o más allá del pensamiento: la “voluntad”, la “fantasía”, la “técnica”: “si entre ellos la voluntad y

14 Siguiendo la repulsa por los nombres dados al continente que “niegan” sus orígenes hispánicos iniciada por Juan Valera y Menéndez Pelayo en la última parte del siglo XIX, en el primer párrafo de *Iberoamérica...* señala a sus lectores americanos: “Se da el nombre de Iberoamérica al conjunto de naciones americanas cuyo idioma nacional es el español o el portugués. La razón de llamarlas así es que todos esos países fueron descubiertos, colonizados y civilizados por España y por Portugal, que, juntos, constituyen la Península Ibérica” (Castro 1941: 1). Por lo demás, se ha notado cómo siempre usa el nombre *Latin America* en inglés en sus cartas, de modo irónico: “eso de Latin America”, “cosas ‘Latin American’”.

la fantasía adquirieron desarrollo extraordinario, en cambio no supieron lo que es un pensamiento, ni tuvieron noción exacta de lo que significa ser un ser humano. Poseyeron técnicas, pero no tuvieron sospecha de la filosofía, de la ciencia ni de la moral ...”. Mofándose agrega: “los mexicanos se comían tranquilamente a sus semejantes como si fueran animales” (Castro 1941: 21); Moctezuma –remata páginas más adelante– “tiranizaba muchos grupos indígenas, y practicaba, con los cautivos que les cogía, los sacrificios horrendos que ya conocemos” (Castro 1941: 32). En su oposición a la “barbarie” indígena –merecedora en última instancia del gobierno imperial– España cumplió una misión histórica en el tratamiento de los indígenas: “la corte española había prohibido esclavizar a los indios, de acuerdo con *las ideas más humanas y generosas* de aquel tiempo” (Castro 1941: 40; el subrayado es mío). E insiste más adelante: “[n]ingún pueblo europeo *fue más humano* con los indios” (Castro 1941: 73; el subrayado es mío). España en este contexto no apoyó la supresión de la vida, sino que de hecho garantizó su continuidad. Castro no duda en convertirse en rehabilitador y apologista de la conquista, produciendo justificaciones sobre la administración biopolítica de las colonias. Así llega a decir que “El Padre Las Casas, exageró, sin duda, sus críticas ... según prueban los millones de indios y mestizos que aun subsisten” (Castro 1941: 26).

En su lectura de la historia cultural, indígenas y negros son presentados como “pesares” y “complicaciones”: obstáculos para la construcción de un orden político y social: “En 1800 –escribe Castro– no había en todo el Nuevo Mundo ciudad más importante, ni más bella ni más refinada que Méjico, *a pesar de* sus indios y de sus contrastes de riqueza y pobreza” (Castro 1941: 74; el subrayado es mío). En Brasil, Cuba y Santo Domingo verá “una *complicación* más [que] traerá después la influencia de la raza negra, muy abundante...” (Castro 1941: 9; el subrayado es mío). Y en un enunciado que conecta al mismo tiempo su apoyo a la política indígena norteamericana y el subtexto turístico que recorre su texto, proyecta las bases de su modelo de gobernabilidad colonial en estos términos: “Para un norteamericano el problema de los indios no existe. La minoría que se encuentra en los estados del Sur Oeste o en otras partes, no influye en la vida general sino como *un elemento pintoresco que atrae a los turistas*” (Castro 1941: 9; el subrayado es mío). En otras palabras, España para Castro tuvo un raro privilegio: el de haber estado en la vanguardia de las formas de subyugación imperial: “Sin el ímpetu y la capacidad de ilusión de los

pueblos ibéricos, América hubiera tardado Dios sabe cuánto tiempo en ser conocida, dominada y poblada por gentes europeas” (Castro 1941: 41).

La narración sublimada del rol del gobierno colonial español que ofrece Castro, así como la interpretación de la historia de la región en términos de España, no es, sin embargo, particularmente original: sigue la tradición providencialista del hispanismo de otros republicanos exiliados. Sebastiaan Faber ha sostenido que los republicanos liberales y socialistas residentes en México coincidieron con los franquistas en la defensa de un hispanismo cuyo propósito era atribuir todos los logros del período colonial –incluso las contribuciones indígenas– a la cultura española: “both the language and symbolism [de fascistas y antifascistas], as well as the underlying ideology, are sometimes uncomfortably similar” (Faber 2002: 50). En esa dirección, Faber agrega que el hispanismo, para unos y otros, “while seemingly pan-nationalist, ultimately did not transcend the exile’s cultural nationalism. It never became post-national” (Faber 2002: 48); ambos “posited Hispanic culture as the only authentically human form of civilization” (Faber 2002: 137).

Sin embargo, mientras los residentes en México podrían recuperar la dicotomía arielista entre materialismo y espiritualismo cara a los miembros de la Generación del 98, la crítica al capitalismo individualista –y la “overall characterization of Anglo-Saxon modernity as excessively ‘materialist’ and their claim of Hispanic culture’s inherent ‘spirituality’” (Faber 2002: 50)– no fue una opción para los emigrados a los Estados Unidos. El panamericanismo partía de la premisa de que era posible asociarse y dominar comercialmente a un vecino dispuesto a ingresar en la modernidad imperial. En este sentido, si para unos predominaría la construcción de una historia occidental en la que España aparecía como “salvadora” moral de una civilización destruida por el capitalismo (razón, tecnología, utilitarismo, eficiencia, secularismo) de los dos poderes que la habían liquidado como potencia imperial (Gran Bretaña y los Estados Unidos), para los otros España aparecía como la “salvadora” del proyecto norteamericano.

De hecho, Castro es capaz de articular una crítica a la colonización española: “Si enfocamos la dominación española desde este punto de vista industrial y comercial, habría que decir que fue muy defectuosa”; sus líderes, “no sabían amoldarse a una vida metódica y prosaica, como si fueran comerciantes o industriales, sometidos a principios de orden y razón” (Castro 1941: 40). Pero sostiene que no todo había sido pérdida; la economía española, en última instancia, había sido una fuente crucial de creación

artística – no de explotación y sujeción: “La América española producía sobre todo oro y plata, cuya mayor parte fue empleada en América en la construcción de templos, palacios, casas señoriales, colegios, bibliotecas, obras públicas, obras de arte, joyas, fiestas, y en general, en riqueza y suntuosidad” (Castro 1941: 6-7). Verdaderos promotores culturales, los españoles podían seguir siendo no sólo maestros de la gestión política sino también simbólica.

Intelectual sin Estado, sujeto a la dependencia institucional enmarcada en el extranjero, Castro reposicionaba así a España como modelo de dominación exitoso, sacándola de los márgenes de la historia. El carácter ejemplar de la administración colonial era entendido así como forma de *translatio imperii*. El único error cometido por España había sido el debilitamiento de un poder central, que los Estados Unidos debían evitar. La nostalgia imperial que articula el libro es el soporte de una nueva visión de cara al futuro. La paradoja consistía en que la defensa del legado español fundado en los beneficios de la monarquía y el catolicismo, la autoridad y la disciplina, parecía más cercana a la ideología franquista que a la promoción de cualquier narrativa progresista basada en la modernidad capitalista y la democracia antifascista que promovían los Estados Unidos. Sin embargo, los editores de Dryden Press así como los agentes públicos y privados norteamericanos parecieron estar dispuestos a aceptar este esquema interpretativo: el libro de Castro siguió reeditándose periódicamente por una década y su prestigio como figura central en la administración del latinoamericanismo no decreció a pesar de la finalización de la guerra en 1945: todavía en 1949, el Cuarto Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana lo invitaría a La Habana como figura estelar y éste repetiría allí sus formulaciones de siempre (*Memoria* 1949). En todo caso, el apoyo a gobiernos autoritarios en América nunca había sido ajeno a la política de Washington aún durante el apogeo del fascismo. Como escribió Halperín Donghi, la cruzada democrática de los Estados Unidos frente al nazismo fue apoyada, además del gobierno de Getulio Vargas, por “un nutrido pelotón de dictadores centroamericanos” (Halperín 2001: 379).

Bibliografía

- BERNABÉU ALBERT, Salvador (2002): "Un señor que llegó del Brasil: Américo Castro y la realidad histórica de América". En: *Revista de Indias*, LXII, 226, pp. 651-674.
- CASTRO, Américo (1941): *Iberoamérica: Su presente y su pasado*. New York: Dryden Press.
- COESTER, Alfred (1916): *The Literary History of Spanish America*. New York: Macmillan.
- DEGIOVANNI, Fernando/TOSCANO, Guillermo (2010): "Las alarmas del doctor Américo Castro: Institucionalización filológica y autoridad disciplinaria", *Variaciones Borges*, 30, pp. 3-41.
- FABER, Sebastiaan (2002): *Exile and Cultural Hegemony: Spanish Intellectuals in Mexico, 1939-1975*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (2001): *Historia contemporánea de América Latina*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- KROHN, Claus-Dieter (1993): *Intellectuals in Exile: Refugee Scholars and the New School for Social Research*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- Memoria del Cuarto Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, celebrado en la Universidad de La Habana*. La Habana: Ministerio de Educación, 1949.
- Pamphlets on Inter-American Topics, 1940-1945* (Washington: Various Publishers, 1940-1945): iii. Princeton University Libraries Microfilm, 1989.
- SALVATORE, Ricardo (2006): *Imágenes de un imperio: Estados Unidos y las formas de representación de América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana.